

RODRIGO.

U once, porque mi Francisca suele echar dos en cada parto.

D. CÓMODO.

¡Dos en cada parto! vamos, dígole á usted que la huerta está bien pagada en los doce mil reales.

RODRIGO.

¿Conque hablará usted á D. Vicente?

D. CÓMODO.

No hay ninguna necesidad de hablarle. Vaya usted y busque un escribano que le venda una escritura de compra por lo que sea, y tráigamela en seguida para que la firme mi amigo.

RODRIGO.

¿En la cantidad consabida?

D. CÓMODO.

Sí, señor, y aun me parece cara.

RODRIGO.

Pues lo que es por mí, podemos rebajar lo que usted quiera.

D. CÓMODO.

La palabra es palabra, haga usted lo que le digo y no tarde.

RODRIGO.

Voy, voy, y señor San Vicente le pague á su merced la caridad que me hace.

ESCENA XI.

D. COMODO y D. TEODORO.

D. TEODORO.

Mucha confianza es la de usted en la amistad del dueño de esta casa, pues no sólo dispone de todo lo que hay en ella, sino que también se mezcla en unos asuntos que me parecen demasiado serios.

D. CÓMODO.

¡Dale bola! ¿Cómo le he de decir á usted que es mi mayor amigo; otro yo mismo?

D. TEODORO.

Sí lo será, pero hace treinta años que ustedes no se han visto y quién sabe si después de tan larga ausencia, conserva por usted el cariño que le manifestó en el colegio donde ambos se educaron.

D. CÓMODO.

Los amigos de la infancia . . .

D. TEODORO.

No son generalmente los de la edad madura, y el colegio y la sociedad son dos mundos menos parecidos que el austral y el europeo. ¡Ay señor don Cómodo! ¿Cómo se conoce que ha vivido usted treinta años en la otra banda!

D. CÓMODO.

¿Y qué tenemos? ¿He dejado de vivir por eso

entre hombres? ¿Se imagina usted que todavía se gastan por allá las esteritas de palma, los tocados de pluma y los torrenos varoniles? Pues no señor, se equivoca usted de medio á medio; allá se come y se bebe y se duerme y . . .

D. TEODORO.

¿Pero quién le dice á usted lo contrario?

D. CÓMODO.

Y se llevan gorras, y se estilan sombreros y todo, todo lo mismo que por acá.

D. TEODORO.

Bien, mas no me negará usted que allí, las costumbres se conservan más puras, porque la sociedad es más nueva, menos numerosa, y de consiguiente no tan corrompida como lo es la de nuestra anciana Europa. Por eso y por otra razón dije á usted que su carácter franco y la buena fe que preside á todas sus acciones, indicaban sobradamente que trasplantado desde su primera juventud á un clima tan lejano, y entregado por espacio de treinta años á las laboriosas ocupaciones del comercio, no tuvo tiempo para adquirir la experiencia social que desengaña y la desconfianza que dirige.

D. CÓMODO.

¿Conque un europeo no puede hacer en América lo que haría en Europa?

D. TEODORO.

Los europeos, á quienes el deseo natural de

enriquecerse conduce al nuevo mundo, no pierden su tiempo ciertamente en estudiar el corazón humano, ni en comparar sus caprichosas diferencias; harto tienen que aprender si á fuerza de años y de desvelos consiguen apurar las ventajas incalculables del algodón ó las utilidades del Campeche.

D. CÓMODO.

Y hacemos muy bien, porque para estudiar, universidades sobran en España, y para ir á ellas no tenemos que pasar el charco.

D. TEODORO.

Pero vuelven ustedes á la madre patria con sus talegas, y se encuentran en un suelo tan nuevo y desconocido para ustedes como el americano. La fisonomía de las sociedades adelantadas, cambia con mucha facilidad: el interés, la moda, ó el capricho lo trastornan todo en treinta años ó lo reedifican de nuevo, y al cabo de estos mismos treinta años, aquellos que ustedes dejaron jugando a trompo, se encuentran ya de intendentes, de comisarios ó de cobachuelos con gafas, con ambición y con chiquillos; ¿cómo quieren ustedes entonces, conocerlos ni que los conozcan?

D. CÓMODO.

Amigo, habla usted como un libro en folio, es to es, mal y mucho.

D. TEODORO.

Perdone usted si acaso . . .

D. CÓMODO.

Sí, señor, porque no era necesaria tanta prosa para decirme que no debo esperar de Vicente igual efecto que el que yo le profeso. Con todo, tranquilícese usted y crea que aunque le encontremos resfriado, traigo conmigo un particular específico que le hará sudar el quilo, y le pondrá sanito como una manzana.

D. TEODORO.

¿Y se podrá saber cuál es?

D. CÓMODO.

A su debido tiempo.

D. TEODORO.

Pero antes....

D. CÓMODO.

Antes, ni quiero, ni usted necesita indagarlo.

D. TEODORO.

Sin embargo, mi propia seguridad exige....

D. CÓMODO.

Que usted se fie de mí y me deje obrar. Cuando desembarqué en Alicante y me hospedé en casa de su tío de usted y mi corresponsal, no le manifesté á usted desde luego un singularísimo cariño?

D. TEODORO.

Es verdad.

D. CÓMODO.

Quando le ví á usted triste y distraído, y componiendo versos y tocando la guitarra á media

noche, ¿no adiviné al instante que estaba usted loco ó enamorado?

D. TEODORO.

No era muy difícil, porque....

D. CÓMODO.

Difícil ó no, lo cierto es que usted me confesó sus aventuras de Valencia, y el desgraciado desenlace que tuvieron.

D. TEODORO.

Cierto.

D. CÓMODO.

También me dijo usted el nombre y apellido de su querida, y cuando supe que era la hija de mi amigo Vicente, fué imponderable mi gozo y desde entonces di por hecho el casamiento.

D. TEODORO.

Así me lo aseguró usted y se lo repitió á mi tío y por eso se decidió en familia nos viniésemos á San Felipe, para apresurar una boda que usted facilitaba tanto.

D. CÓMODO.

Y se arrepiente usted de haber seguido mis consejos?

D. TEODORO.

Arrepentirme, no, porque al fin y al cabo volveré á ver á mi Juanita y la juraré de nuevo amor y constancia eterna; pero repito á usted, que si hubiese alcanzado que su amistad era sólo un

simple conocimiento de colegio, entonces no me hubiera atrevido ciertamente á presentarme en esta casa sin otra recomendación.

D. CÓMODO

Pues bien, nada hay perdido; volvámonos á Alicante.

D. TEODORO.

Buen disparate sería, estando ya en San Felipe; pero lo que si haré por mi parte será marcharme á la posada y esperar allí el resultado de la primera visita.

D. CÓMODO.

Conque usted persiste....

D. TEODORO.

Sí, señor, cada cual tiene su distinto modo de ver las cosas y....

D. CÓMODO.

Y me dejará usted comer solo?

D. TEODORO.

Lo siento infinito....

D. CÓMODO.

Precisamente es lo que me incomoda más en esta vida.

D. TEODORO.

Ya, pero....

D. CÓMODO.

Y por eso como siempre, fuera de mi casa.

D. TEODORO.

Hace usted muy bien; pero yo no tengo los motivos que usted tiene, y sería muy ridículo que me sentase á la mesa del dueño de ésta, como si fuese una mesa redonda.

ESCENA XII.

MARTINA y dichos.

MARTINA.

La sopa está en la mesa, y me parece que no ha de disgustar á ustedes, porque es de cangrejos.

D. CÓMODO.

Cangrejo me vuelva yo si dejare una cucharada. Digo, caballero (*A D. Teodoro*) ¿no se sienta usted?

D. TEODORO.

No señor.

D. CÓMODO.

Pues amigo:

tu te lo quieres,
doña Tomasa,
tu te lo quieres,
tu te lo pasa.

D. TEODORO.

Hasta después.

ESCENA XIII.

DON COMODO Y MARTINA.

D. CÓMODO.

Buen viaje.... supongo Martinica que no se habrá descuidado el Alicante añejo?

MARTINA.

¡Qué! no señor. . . . ahora mismo subirá doña Damiana una botella.

D. CÓMODO.

¡Una botella! . . . buena provisión, por cierto. . . . dile que suba siquiera media docena.

MARTINA.

Como es vino generoso. . . .

D. CÓMODO.

Por eso cabalmente. . . . cuanto mejor es el vino más se bebe. . . . anda, anda.

MARTINA.

¿No quiere usted que le enseñe antes el camino?

D. CÓMODO.

¿Para qué? . . . quien tiene gran apetito, pronto olfatea el comedor. . . . pero ¿qué ropa es esta?

MARTINA.

La bata del amo y su gorro que tenemos á prevención para cuando. . . .

D. CÓMODO.

Prudentísima prevención.

MARTINA.

¡Qué hace usted!

D. CÓMODO.

¿Qué hago? enjaretarme la bata, calarme el gorro, y marcharme tras la sopa de cangrejos.

MARTINA.

Señor, señor. . . . Vaya, está visto; este hombre ni escucha á nadie, ni repara en nada.



ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

DOÑA DAMIANA *sola*.

D.^{ca} DAMIANA.

¡Jesús qué hombre tan temerario! Preciso es que sea lo que asegura, porque si no. . . . Voy, voy por las botellas de Alicante; no se enfade si le hago esperar y volvamos, á las andadas. . . . con todo, seis botellas de una vez me parecen demasiadas. . . . sí, lo son con efecto. . . . ¡terrible sangría lleva de esta hecha la pobre barrica, terrible! . . . No me acuerdo de otra semejante, como no se cuente la de la función del Cristo; pero aquello era otra cosa, se